



Itinerario para náufragos, 7

Adolfo Gilaberte

Coleman

 mármara

Primera edición: abril de 2021

© 2021 de esta edición: Mármara Ediciones
www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Moreno
Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos
Impreso en España — Printed in Spain.

ISBN: 978-84-122458-3-7
Depósito legal: M-8648-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

para Rafa León

*...de igual modo que la realidad nunca funciona así,
sino como una negación perpetua de las posibilidades
de lo humano.*

Matías Candeira

*...y dice sal al jardín y contempla cómo caen
las estrellas
y hablemos quedamente para que nadie nos escuche
ven, escúchame, hablemos de nuestros muebles.*

Leopoldo María Panero

PRIMERA PARTE

No consigo verle el rostro. Me lo impide la doble oscuridad de la noche y el callejón desde el que me mira. Porque me mira a mí. Sé —de algún modo lo sé— que si inspiro profundo, llegado el caso de que su presencia me inquiete y vaya a ponerme nervioso, él va a darse cuenta. O que, si me muerdo el labio inferior para contener las ganas de ir hacia donde está y, aun así, no lo consigo, contenerme, y cruzo la calle para preguntarle que qué hace ahí, mirándome sin disimulo con esos ojos que apenas puedo intuir, las puntas de dos clavos, impasibles, afiladísimas, como si supiera algo de mí que nadie más sabe o quisiera saberlo, rápido adivinará mis intenciones y, antes de que yo dé un paso, habrá desaparecido. Otra sombra más.

Chhhh. Tus ojos de latón no me intimidan, silueta de los cojones. Pocas cosas pueden ya asustarme o provocar, siquiera, que mi estómago se tense demasiado o se me atasque la saliva en la garganta. Eso lo sabes, ¿no?

¿Qué estoy diciendo? ¿Con quién hablo?

El taxista vuelve a preguntar si me lleva a alguna parte, que no tiene toda la noche, que los ha visto más rápidos. Me froto los ojos y subo. «Al aeropuerto», le digo.

—Parece que ha visto un fantasma.

Antes de cerrar la puerta del taxi, le echo otro vistazo al callejón. Está vacío. En el primer piso se enciende una luz. En ella, dentro, aparece el contorno de una mujer que

juega con los brazos. El cuerpo es una llama que cambia de forma a cada segundo y de la que no puedes apartar la vista. Pero lo hago. Aparto la vista antes de ver —solo lo imagino— la silueta de un hombre que se acerca a la llama. Quizás la de otra mujer. Nadie en la calle. Ni un gato, ni las ratas. Tampoco los pies de un mendigo que sobresalgan de los cartones con los que se protege, o lo intenta, del invierno. Solo hay cartones amontonados unos sobre otros. Alguno contra la pared oscura, una construcción endeble, la casa deshabitada.

Cada vez hay menos. Mendigos. En los últimos meses han ido desapareciendo de las esquinas y de las peceras de las sucursales bancarias. Es algo que todo el mundo sabe. Los van *eliminando*. A algunos los torturan, juegan con ellos —la mayoría son hombres sin hogar ni familia a su lado, bebedores, enfermos, locos— a la ruleta rusa, les obligan a desnudarse y pintan sus cuerpos de rojo, de negro a veces, se inventan cualquier otra forma de humillación. Luego les rocían con gasolina y el fuego se los come.

—No creo en fantasmas.

El taxista me mira por el espejo interior, asiente y se toca la visera con la punta de los dedos.

—Yo tampoco —dice—. Yo soy más de hombres lobo.

Sonrío. Noto que se me relaja el cuerpo. Se hunde en el poliéster. Aflojo la tensión de la mano en torno al asa de mi maleta. Cierro los ojos. Huele mal aquí. A muchos culos sentados donde yo estoy ahora mismo, al aliento de todos los que han subido antes que yo, su sudor agrio y grumoso, estornudos, toses, los putos virus y bacterias flotando a su aire para que los mastique y se los trague el

próximo en entrar. Todo bien revuelto con ese olor a canela del botecito que cuelga del retrovisor. Me remuevo en mi asiento, repelido. El taxista me habla. Su parloteo no me interesa. Intento dormir un poco. No quiero pensar. No quiero oler. Pero mi mente sigue dándole vueltas a la imagen de ese hombre: es verdad, su visión me ha dejado intranquilo, de mal humor. Un tipo de pie en la esquina de un callejón, muy cerca de mi casa, medio oculto tras una oscura línea diagonal, solo las piernas visibles desde una de las rodillas, los zapatos. Mirándome como si pudiera ver bajo mi piel. En los huesos y en las venas. Todavía más adentro, en la sala de máquinas, donde tan poca gente se ha asomado. Ni siquiera yo mismo tengo esa costumbre. ¿El alma? ¿La conciencia? ¿El bien y el mal? Gilipollices. Tengo que comer todos los días.

Abro los ojos. Este olor. Los edificios y las farolas desfilan veloces ante mí. Fachadas y globos de luz que se prolongan a lo largo de las calles sin interrupción. Un único bloque de casas, la misma línea amarilla. Parece que el taxista es de los que pisan el acelerador en cuanto pueden hacerlo. ¿Hombres lobo? Me gusta la ciudad de noche. Mi ciudad. Esa especie de eco blando que deja en el aire cuando comienza a oscurecerse. Un eco formado por todos los sonidos que alberga durante el día. ¿Alberga? Creo que es la primera vez que uso esta palabra. Y el olor del mar en invierno, cuando no viene con el tufo de las cremas solares de coco o zanahoria. Ahora la ciudad es transparente. Así huele. Un cristal gigantesco. Sin imperfecciones. Higiénico y deslumbrante... Qué coño me pasa esta noche. Qué estoy diciendo. Ha sido desde que... ¡Nada! Es el cansancio.

Solo es eso. Ahí no había nadie, Olmo. Te lo has imaginado. Ni dios.

—¿...saltamontes alguna vez? ¿O tarántulas? Dicen que aumentan la virilidad, las tarántulas. Que se te pone como...

Cierro los ojos de nuevo. Todavía me da tiempo a ver su brazo, el gesto que hace de apretar el puño y agitarlo como símbolo de hombría. Niego con la cabeza. La hundo entre los hombros. Su voz va perdiendo peso, se convierte en un murmullo que se aleja de mí. Tengo la sensación de que ni siquiera pertenece al día de hoy. No sé. Que no es un sonido de esta noche, de este momento. Mi mente está embotada, puedo sentirlo, como si ahí arriba se hubieran cortado algunas conexiones. No, no he comido tarántulas. Ni peces globo. Pero podría comerme a un puto taxista charlatán. Necesito darme un baño, una mamada, descansar en una cama grande. Beberme una botella de buen vino.

—Se lo dije, no crea que no se lo dije —escucho de fondo al taxista, ahora es como si oyese una voz bajo el agua—. Pero el tío, con la cara tan seria que parecía un mayordomo inglés, me dijo que eso no era de...

Estoy agotado. No recuerdo la última vez que estuve así. Apenas puedo descansar unas horas y ya tengo que coger un vuelo que me lleve al próximo objetivo: Claudio Pecardi, empresario de nacionalidad argentina. A punto de cumplir los setenta y cinco. Metro sesenta, rizos blancos alrededor de la calva, cicatriz desde el labio que le baja por el mentón. Trajes a medida, en tonos oscuros. Un hombre así es como un pez rojo en un estanque de aguas cristalinas.

Respiro hondo. Siento que las piernas se me aflojan, el cuello. El olor a canela me provoca un ligero retortijón. Es algo que se retuerce ahí adentro. No importa. Un par de segundos más y me habré dormido.

—¿Y una pelea de gallos? ¿Ha visto alguna? Mi padre me llevó de niño a...

Silencio. Al fin.